

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“El amor de la Trinidad a los hombres hace que, de la presencia de Cristo en la Eucaristía, nazcan para la Iglesia y para la humanidad todas las gracias”.

– San José Escrivá de Balaguer



La Eucaristía hace santos...

¿Es posible en esta generación frágil hablar de la santidad y vivirla?

¡¡¡SÍ!!! Es posible. Así como en un hospital a un enfermo lo que se le pide es recibir, no se le pide en primer lugar hacer, así la Eucaristía le permite a esta generación que vive en debilidad, recibir la santidad de Dios. No se nos pide en primer lugar tal o cual virtud, tal o cual acción, tal o cual palabra o gesto; sino, antes que nada, recibir.

Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de Él. Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero.

El Espíritu Santo suscita un caminito de santidad a través de un renovado FERVOR EUCHARÍSTICO; a través de la celebración y adoración diaria de la Eucaristía, el Reino de Dios está entre nosotros. No hace falta que otros lo vean o valoren; de todas maneras es fecundo. El Reino es como la pequeña porción de levadura que fermenta toda la masa; es la pequeña semilla de grano de mostaza que llega a ser la más grande de las hortalizas.



Un camino de santidad accesible para todos. TODOS pueden celebrar y adorar la Eucaristía. NADIE está excluido. Por más débil que sea, en cualquier estado en que se encuentre. LA SANTIDAD de Cristo en la EUCARISTÍA nos santifica. Y nos hace santificadores. No por nuestra santidad, sino por la santidad del Espíritu que nos habita.

Un camino de santidad humilde y grande a la vez: celebrar y adorar todos los días la Eucaristía. Un compromiso de ser como la LÁMPARA ENCENDIDA del sagrario. Todos los días, un signo vivo de la Presencia Viva. Presentes ante el PRESENTE.

Es un llamado a formar una fraternidad eucarística: sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y familias que sientan el llamado a santificarse y a santificar mediante un acto de fe y amor a la Eucaristía todos los días: en la celebración de la Misa y la adoración al Santísimo (expuesto o reservado en el sagrario). Y así vivir de la Eucaristía; esto es, orar y evangelizar con la Eucaristía, pensar y amar como la Eucaristía.

La fidelidad de Jesús en la Eucaristía nos invita a esta sencilla fidelidad que trata de vivir la primacía de la gracia y la escuela de comunión a la que nos invitaba nuestro amado Juan Pablo II en Novo Milenio Ineunte: un camino de santidad para el nuevo milenio.

Abrazados por el Inmaculado Corazón de María, en el espíritu del Magnificat, viviremos consagrados al Corazón Eucarístico de Jesús, hasta que Dios sea todo en todos.

Así, encarnaremos la santidad a la cual somos llamados por el bautismo.

Así, anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven, Señor Jesús

(Tomado de vivirdelaucaristia.blogspot.com)

San José y la Eucaristía

Nuestra curiosidad quisiera saber muchos detalles de la vida del padre virginal de Jesús en la tierra, pero queda bastante decepcionada. La vida del carpintero de Nazaret no sobresale ni destaca por su espectacularidad sino por su acogida y fidelidad.

Con todo, hay dos aspectos de la figura de San José que pueden iluminar nuestra propia vida eucarística.

Él, ante el misterio de Dios presente en María, se sorprende. La manifestación Dios siempre sorprende. Conoce que Dios le llama a ser el esposo de María y el custodio de Jesús y acepta el riesgo que siempre supone la fe con un corazón sencillo, abierto, disponible.



Su fe se tradujo en fidelidad. Cumple la misión sin ruidos. Habla el lenguaje que mejor conoce: El lenguaje de los hechos. Siempre al lado de Jesús y de María con sentimientos de asombro y de gratitud. A

San José le podríamos calificar como “Custodio de la Eucaristía”. Así lo afirma la liturgia: “Confiaste los primeros misterios de la salvación a la fiel custodia de San José”. Él acoge a Jesús presente en seno de María, él asiste a la adoración de los pastores y de los magos, él le lleva a Egipto y lo trae, él le enseña a rezar, él le busca, él contempla su crecimiento, él acepta con agrado su trabajo en el taller de Nazaret.

La Iglesia imita a José cuando suscita en los fieles los sentimientos de asombro y gratitud



ORACIÓN A SAN JOSÉ ANTES DE LA COMUNIÓN

Oh José Bendito, a quién se le concedió no sólo ver y escuchar a Dios, a quien muchos reyes anhelaron ver y no vieron, anhelaron escuchar y escucharon; y además llevarle en tus brazos, abrazarlo, vestirlo, guardarlo y defenderlo.

V.: Ruega por nosotros, Oh José Bendito.

R.: Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo.

Oh Dios, Tú que nos has dado un sacerdocio real,

te pedimos que así como el Bendito José fue encontrado digno tocar con sus manos y llevar en sus brazos a Tu Hijo, nacido de la Virgen María, seamos también dignos, por la limpieza de nuestro corazón y la inocencia de nuestra vida, con devoción reverente compartir en este día el Cuerpo y Sangre de tu Hijo, y ser contados en este mundo entre quienes consideran dignos de recibir la recompensa eterna.

Por el mismo Cristo nuestro Señor.

Amén.

ante el misterio de la Eucaristía. “Este asombro ha de inundar siempre a la Iglesia, reunida en la celebración eucarística”, decía el Santo Padre Juan Pablo II en su Encíclica (n. 5). En el pan y vino consagrados se hace presente el Señor mismo. Él en persona. Vivo. Resucitado. Dios y hombre. Nuestro mejor amigo. Nuestro Salvador.

Estamos invitados como San José a creer y a adorar. A reconocer y bendecir, a confesar y a postrarnos—asombrados, estremecidos, agradecidos y gozosos. Que San José nos ayude a crear actitudes de adoración, de agradecimiento, de estima hacia Cristo presente en la Eucaristía.

(Tomado de 6865.blogcindario.com, Parroquia de El Dulce Nombre de Jesús, Tenerife, Islas Canarias, España)